

La Antropología de la experiencia: la obra de Carmelo Lisón Tolosana

RICARDO SANMARTIN
Universidad Complutense
de Madrid

Escribir colectivamente un libro como homenaje es, por su misma naturaleza, algo excepcional y requiere alguna explicación que lo justifique. La más sencilla y realista es que es justo que se haga, según estimación ampliamente compartida, como lo demuestra la misma acogida que ha tenido el proyecto. Llevarlo a cabo supone no sólo dar justo cumplimento al requerimiento que late en el reconocimiento del mérito. Implica, también, el deseo de hacer partícipe a un más amplio colectivo de potenciales lectores de las aportaciones de la obra y de la significación intelectual de la figura del homenajeado.

Aunque obra y figura sólo se cincelan en los sucesivos presentes que la crítica histórica elabora —una vez cumplido el ciclo vital de quien generó el material para su propia imagen— hacerlo en vida no pretende sino paliar la marmórea crueldad de pretendidas versiones escultóricas con el siempre prematuro ensayo de un homenaje, adelantando así, al revés que en el comercio, el pago de la historia a su vencimiento. Más se asemeja nuestra pretensión a una versión mausiana del don que al acallado mausoleo. Si nos insertamos en el inacabado ciclo de la reciprocidad es para alentar, con los collares y brazaletes de nuestros ensayos, la fructífera producción de los suyos, continuando el diálogo que iniciara hombre a hombre, con radicales preguntas, el aquí honrado caballero de Belmonte.

La ocasión elegida para promover el homenaje a un antropólogo ha sido un rito de tránsito: su ingreso en la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. La idea partió de G. Ravis-Giordani, quien la propuso al acabar el Simposium Internacional sobre «Rito y Misterio», que por entonces organizó, desde la Universidad de La Coruña, José A. Fernández de Rota, siendo rápidamente aceptada por varios colegas. Si el rito transformaba en académico al antropólogo, sus razones

coinciden con las que motivan este texto, sumándonos con él al reconocimiento académico a modo de felicitación colectiva.

La obra de Lisón, comentada directa o indirectamente en este volumen, no cabe limitarla a lo que leemos en su abundante producción bibliográfica. Sus publicaciones son, ante todo, el resultado de algo previo que constituye no sólo el secreto de aquéllas, sino también su más ejemplar enseñanza, su aportación magistral. Su densa obra, internacionalmente reconocida —aun antes que en España—, tiene la más sólida base etnográfica que esperarse quepa de un profesional, por vocación, de la Antropología Social. Si ya Blanco White en el siglo XVIII, y antes que él, en el XVII, tantos otros se quejaban de la prisa con que acostumbramos a derribar supuestos gigantes que no son sino molinos, no estará de más reconocer el esfuerzo de quienes, con su dedicación y desde su propio tamaño, han erigido molinos verdaderos, en los que pensando los problemas y las dudas, entre la rueda de la etnografía y la rueda de la reflexión, han producido luces como harina que a todos nos alimenta. Preguntas pertinentes, trabajo de campo y reflexión interpretativa son el trípode sobre el que se levanta el faro de su obra. Proyectada sobre España, la obra de Lisón descubre ocultas sombras bajo el luminoso goce de la fiesta o tras el brillo de la realeza, y hace luz en los más íntimos rincones de la creencia o en el alma atormentada de quien construye su dolor con la horma cultural de su tiempo.

Si algo caracteriza epistemológicamente a la Antropología Social es, sin duda alguna, el trabajo de campo intensivo, la prolongada convivencia con los actores sociales en su contexto, orientando teóricamente esas pertinentes preguntas, traduciéndolas en una fina, sensible y prolongada observación, afrontando «los hechos, comportamientos y sucesos no tanto por lo que son cuanto por lo que quieren decir» (Lisón, 1986:135), ya que «no son las voces las que hay que interpretar sino los ecos. Y esto sólo se consigue con la presencia, con la participación en la conversación, a través de las intuiciones *in promptu* del momento, de la situación, del contexto cultural» (ibíd. 148), escuchando «el uso conflictivo de la palabra, el contexto situacional y referencial, la duda, la ambigüedad y la acontextualización, las pausas y silencios, etc. (pues), revelan la riqueza del poder metacomunicativo que sólo la reinterpretación *in praesentia* puede captar. Frente al cadáver de la palabra escrita encuentra el antropólogo la riqueza inagotable de la palabra sonora, inmediata, que sale caliente de los labios del informante; su peso específico, su carácter incrédulo, vacilante o seductor, su tono jactancioso y altanero, su temple confiado o sumiso, su brío y ternura son tesoros simbólicos *in vivo*, metalingüísticos, que sólo capta el etnógrafo que ha aprendido a escuchar el caer de la pala-

bra nativa recién pronunciada. Lo que se habla no es lo que se dice; se significa mucho más que se pronuncia» (Lisón, 1983:97).

Desde esa actitud de atenta y sostenida escucha, pero inmerso en el agua ajena hasta la cintura, como un buen pescador, Lisón ha lanzado su red hecha de hipótesis y de preguntas hasta embeberse de la alteridad, *otrándose*, como decía Pessoa, para, tensándola con la propia, aprehender una realidad que «no es unívoca ni inherente al soporte fáctico o vehículo que la hace patente; es más, no hay realmente contacto inmediato entre sujeto y objeto, porque aquél anticipa el significado de éste... las cosas, los sucesos y hasta las personas son, en gran medida, correlatos de ese Sujeto intencional que desde su experiencia vital imparte lo que de él dimana: significado; las cosas *son* antropológicamente en tanto en cuanto son predicadas, esto es, expresadas en una predicación» (ibíd. 93), tanto por el antropólogo como antes lo fueron por el actor, cuya «energía imaginativa y volitiva... puede, por otra parte, cohabitar... con la coerción estructural y con la urgencia institucional» (Lisón, 1986:140), cuya descripción y explicación corresponden al investigador que, del análisis de lo social, pasa a la interpretación de lo cultural.

La Antropología que resulta de ese convivencial y existencial acercamiento —a una alteridad que la comparación multiplica—, es una Antropología de la experiencia vivida, atenta a las objetivaciones ajenas: «El conocimiento antropológico depende, elementalmente, de nuestra experiencia etnográfica, de la inteligencia e imaginación de lo que se puede y no se puede con el material etnográfico... Las... monografías... que persisten y se releen son resultado de una rica y compleja experiencia personal. Desde ésta transcendemos el hecho, explicamos e interpretamos» (ibíd. 156). Se trata, pues, de un enormemente denso y complejo acercamiento a la alteridad cultural, riguroso hasta saborear la ambigüedad y el matiz ajenos como cualidades constitutivas del tan humano material etnográfico que, por esa su riqueza, consigue acortar la distancia de la alteridad a la que nos acerca y con la que la Antropología nos confronta.

Si a Malinowski le corresponde el mérito del pionero por haber ideado la singularidad epistemológica del trabajo de campo al unir la observación a la participación, la inmersión empática a la entrevista informal, la convivencia a la orientación teórica, y la argumentación unificadora en la redacción de la etnografía, logrando presentarnos no ya rasgos culturales inconexos, sino su interdependencia en una humanidad de carne y hueso, a Lisón le corresponde el suyo propio por haber llevado más allá, no sólo el estilo y sensibilidad del quehacer de Malinowski, durante más tiempo, de un modo más constante y repetido incluso, sino también por haber logrado milagrosamente

mantener, en su análisis y en su redacción, la tensión entre la coherencia y la diversidad, la complejidad y la unidad, de los muy distintos niveles y componentes de la más honda y realista experiencia humana de los actores, allí donde ésta se ve abocada por su propia historia, pequeña o grande, a aquellas persistentes preguntas que formulan, traduciéndola, la vivencia del actor al toparse con su techo, con los límites que acotándole definen radicalmente su tan humana figura. «Esta... Antropología de ultimidades... es la Antropología de la experiencia humana» (ibíd. 142).

Experiencia de la etnografía y Antropología de la experiencia, actores e investigador, han establecido un amplio y fértil diálogo a lo largo de treinta y cinco años de trabajo de campo (1957-1992), produciendo una obra abierta que ha enfrentado problemas siempre relevantes, problemas del hombre y problemas de la disciplina, antropológicos, para encontrar, en la dilucidación de éstos, una fiel y rigurosa —históricamente contemporánea— formulación de aquéllos, los cuales, por su persistencia y transitividad, sensibles al tiempo y al espacio, cambiando de rostro y acento, encarnan en su recurrencia potentes rasgos de nuestra humana condición, y que disparan en los actores, rebeldes ante la perpleja mudez de su insolubilidad, la voz creadora de su imaginación colectiva que Lisón apresa y vierte en cada una de sus obras: El mal, la enfermedad y la muerte; la fiesta, el rito y la vida; la vida en palacio y en la aldea; el otro y nosotros, el extraño, el extranjero y el nacionalismo; la nación, la comunidad y la familia; la identidad grupal y el yo dividido del poseso; la constricción ecológica y la libertad creadora; la construcción creencial de la realidad y la realidad ideal de los valores; la especificidad contextual y la comparación; la intencionalidad de la acción y la palabra y su elusiva ambigüedad; la eficacia de la ambigüedad de los símbolos, la heterología e intertextualidad de la cultura y su interpretación; la historia como etnografía y su propia etnografía convertida, con la duración de un trabajo de campo tan dilatado, en documento histórico; su historia de la Antropología española y, finalmente, la entrada ya en ella de su obra, todo ello y más, que en detalle podemos leer en sus libros —y que esperamos seguir leyendo (ya tiene dos más en prensa) y relejendo— muestran un sustancioso conjunto de problemas, en los que se ha centrado su atención, y cuyo arco abarca esa amplia y matizada gama de dimensiones que hacen humano al hombre.

Decía Needham que «una disciplina académica puede ser plenamente admirable por su rigor y profundidad, o por sus recursos técnicos y capacidad analítica, pero si tiene que producir algún tipo de impacto en la mente de la gente deberá poseer ciertas implicaciones metafísicas: esto es, debe ser capaz de sugerir algo sobre los grandes

temas de la conciencia, la voluntad, la libertad y el verdadero carácter del hombre» (1978:4). Lisón lo ha hecho.

No pretendo con estas palabras resumir, ni interpretar, la obra de Lisón. Quizá sea pronto para hacerlo. Más aún cuando se trata la suya de una Antropología *in fieri*, que, acompañando al ser humano en sus inacabables problemas, no cesa de alumbrar nuevos horizontes, sin fronteras. A la historia de la disciplina le corresponderá hacerlo atestiguando, en pro y en contra, su fecundidad, recogiendo sus páginas como el guante de su reto. Pretendo, más bien, animar a recoger el guante, invitar al goce de su lectura. Ese puede ser nuestro mejor homenaje.

A él se han sumado más de quienes aquí, finalmente, han podido contribuir. A unos y a otros, y en nombre de todos ellos, vaya mi gratitud por su tan generoso esfuerzo. No menor es ésta para con el Centro de Investigaciones Sociológicas, que acogió por dos veces, con la hospitalidad de su publicación, el proyecto, primero con Luis Rodríguez y Rodríguez-Zúñiga, con quien va nuestro sentido recuerdo, y con Joaquín Arango Vila-Belda, que lo llevó a su fin. Alicia Ibar supo encontrar un hueco para ayudarme con las urgencias. Georges Ravis-Giordani, Honorio Velasco, José A. Fernández de Rota y el experto consejo de Rogelio Rubio, me brindaron sus sugerencias para mejorar y ultimar el libro que aquí se presenta.

BIBLIOGRAFIA CITADA

- LISON TOLOSANA, C. (1983): *Antropología social y Hermenéutica*, Madrid, F.C.E.
 LISON TOLOSANA, C. (1986): *Antropología social: Reflexiones incidentales*, Madrid, C.I.S., Siglo XXI.
 NEEDHAM, R. (1978): *Primordial characters*, Charlottesville, University Press of Virginia.